

Discurso de Salmerón.—El debate tomó importancia extraordinaria interviniendo el Sr. Salmerón, que dijo:

«Es absolutamente inadmisibile que, como sostuvo el Sr. Maura en su último discurso, no rece el orden sino con lo que está de la autoridad abajo, sin que la autoridad esté obligada á someterse sino á los dictados de su propia conciencia.

»No, no pueden continuar ni prevalecer temperamentos de gobierno como los que pregona y sostiene el señor Maura, á menos que el país se resigne á ser sojuzgado por un déspota.

»El padre Nozaleda no se halla en las necesarias y convenientes condiciones eclesiásticas y profanas para encargarse de una Diócesis, y el empeño de llevarlo á Valencia es obra del espíritu satánico del Sr. Maura, que parece complacerse en encender las pasiones, en fomentar el escándalo, en provocar una guerra religiosa, en establecer una separación entre católicos y no católicos, lo cual es impío en el orden religioso, imprudente en lo que atañe á la conducta de un gobernante, antilegal en lo social y hasta descortés en la esfera de las relaciones particulares. (*Aplausos de la minoría republicana.*)

»El Sr. Sagasta prestó un gran servicio á las Instituciones con su acción sedante para contener las explosiones populares durante los desastres y después de los desastres, pero el Sr. Maura ha cambiado de táctica, y la acción sedante se transforma en provocadora. Yo ¿qué he de decirle? Que siga S. S. por ese camino; así será un gran colaborador de esta minoría y un cooperador eficazísimo de la representación que tiene esa mayoría.

El Sr. Maura.

«Contestaré brevemente á los oradores que han intervenido en este debate.

»Tenían interés los republicanos en oscurecer al señor Morayta, y en que no hablara, y si yo he traído su nombre á este debate no ha sido sino para demostrar al señor Salmerón que bien cerca de sí tenía esos parecidos, aun-

que en otro orden, al del padre Nozaleda. No fué un an-
tojo, sino un medio legítimo de defensa." (En efecto, la
intervención del Sr. Morayta favoreció poco á los repu-
blicanos.)

"Me llamáis arrogante porque me defiende de vuestros
ataques. ¿Dónde está mi arrogancia? (*Rumores.*) Sois los
agresores y yo quien se defiende con arreglo á la intensi-
dad del ataque."

Se extendió en larga argumentación retrospectiva
acerca del pacto de Biacnabató para demostrar que el
Sr. Morayta, como masón, es más culpable que el padre
Nozaleda en la pérdida de Filipinas.

"No asombro—dijo á los republicanos—, sino indigna-
ción inmensa, si es que alguien queda capaz de indignar-
se, merece que la campaña contra el padre Nozaleda haya
sido iniciada por vosotros, ¡por vosotros!, que en la insu-
rrección filipina tenéis una responsabilidad tremenda."

Airadas protestas de los republicanos, apóstrofes ve-
hementes de la mayoría, vigorosos campanillazos de la
Presidencia. Subsistió la confusión largos momentos, du-
rante los cuales permanecía el Sr. Maura en silencio, es-
perando á que se restableciera el orden para continuar su
discurso.

"No bastan las aseveraciones de la Prensa—dijo el
Sr. Maura cuando volvió la tranquilidad—para acusar
al padre Nozaleda; es preciso, para acusar, tener el con-
vencimiento pleno de ello.

"Me pide S. S. que concrete cargos á la Prensa y á
quién me refiero. Si cree que estoy obligado á ello, lo haré.

"Hay que recordar, ante todo, cómo se ha suscitado
este debate.

"Los periódicos enpezaron por recoger hechos falsos,
que luego nadie ha recogido aquí, y yo senté la teoría de
que á un hombre no se le condena sin pruebas. Tomó el
Sr. Salmerón unas pinzas muy largas para coger un gra-
no de aquellas calumnias, á fin de no mancharse con ellas.
Yo no entiendo su democracia, Sr. Salmerón."

El Sr. Salmerón: "Lo creo."

El Sr. Maura: "Yo esperaba que alguien se hiciera aquí responsable de lo que los periódicos han dicho, y he visto que el Sr. Burell, y me alegro mucho, no se ha atrevido á hacerlo."

El Sr. Burell: "Aquí de lo que se trata es de que puntualice S. S."

El Sr. Maura: "Ya puntualizaré, y tal vez demasiado concretamente, Sr. Burell."

Leyó un párrafo de *El País*, en que se llamaba á Nozaleda filibustero y fraile ignorante como un mulo; otro del *Diario Universal*; otro de *La Correspondencia Militar* y otro de *El Liberal*.

"No quiero cansaros más—dijo—con la lectura de estos recortes. Lo expresado basta para muestra de lo que se ha dicho."

El Sr. Moya: "¡Y se sostiene!"

(Partían irritadas protestas de la mayoría. El Sr. Moya, de pie y golpeando el pupitre, reiteró enérgicamente su afirmación. Le apoyaban con vehemencia los republicanos. De distintos lados de la Cámara brotaban manifestaciones hostiles á la mayoría. El Presidente pugnaba en vano por calmar la agitación, en la que intervenían vigorosamente las tribunas).

El Sr. Soriano, á los ministeriales: "¡Chuetas!"

(El escándalo adquirió formidables proporciones. Muchos Diputados de la derecha levantábanse enfurecidos y pidieron la expulsión del Sr. Soriano. Revolvióse con ímpetu el Sr. Romero Robledo, llamó al orden al Diputado por Valencia y rompió cuatro ó cinco campanillas contra la mesa presidencial. Durante unos instantes era imposible que nadie se entendiera en la Cámara).

El Sr. Maura: "Ya véis, yo bien tranquilamente hablo; pero os enardecéis con sólo evocar el recuerdo de lo que habéis dicho y hecho. (*Grandes protestas en la minoría republicana.*)"

"Yo, Sr. Burell, he acudido aquí á concretar, atendiendo al requerimiento de S. S. Si no lo hiciera, diríais que había desertado de mi puesto."

Dijo que en 1896 ante sus electores, y en 1897 en la Asociación de la Prensa, expresó su opinión contraria á la guerra.

Insistió en que la Prensa no es reflejo fiel de la opinión.

«Me pedís una abdicación, y no la esperéis, porque eso sería claudicar ante los enemigos, y con vuestra campaña estáis dando lugar á que muchos espíritus honrados se levanten contra vosotros.» (*Grandes aplausos en la mayoría.*)

Discurso de Moya.— Después de un vivo incidente sobre si debía ó no figurar en el *Diario de Sesiones* la frase del Sr. Soriano, se levantó á hablar el Sr. Moya, pronunciando contra el Sr. Maura el discurso más violento y personal que se haya oído en la Cámara.

«Yo, que soy un caballero—dijo—, no puedo menos de responder á las palabras del Sr. Maura. Al decir éste que los cargos hechos en los periódicos no han sido recogidos en la Cámara, falta á sabiendas á la verdad.» (*Ru-mores.*)

El Sr. Presidente: «Sr. Moya, la energía del concepto no se perjudica porque se emplee moderación en la forma.»

El Sr. Moya: «Recuérdese que hace poco un Ministro dijo que un *meeting* había sido convocado por varios Catedráticos, y eso no se probó.»

Insistió el Sr. Romero en que se retirasen las palabras de «faltando á la verdad», y el Sr. Moya se negó á ello, porque en el Congreso los Sres. Canalejas, Pallarés, Soriano y Salmerón habían hecho suya la campaña seguida por los periodistas.

«Como Director de periódico quiero, en nombre de *El Liberal*, recabar para mí la responsabilidad de haber sido iniciador de esta campaña.

«El Presidente del Consejo no tiene derecho á pedirme á mí en el Parlamento explicaciones de mis artículos ó trabajos periodísticos, y por eso no se las quiero dar. En catorce años que soy Director de *El Liberal*, ninguna que-

rella se ha entablado contra mí, hasta que la entabla un encargado de la misión de paz, el padre Nozaleda.

«Aquí el Sr. Maura ha juzgado ya el asunto, y los Magistrados de Madrid ya han encontrado la sentencia dictada por el Sr. Maura, el «bufete de mayor circulación de España». (*Muy bien en la izquierda.*)

«Yo ahora voy á combatir á la Prensa por «olvidadiza», «candorosa» y «tonta».

«Ha olvidado y no ha hecho públicos los ataques envenenados y perversos que el Sr. Maura dirigía al Sr. Sagasta, mientras iba á su comedor fingiéndole afectos. ¿Qué iba á buscar allí, cuando el Sr. Sagasta no cobraba grandes minutas y era masón?

«Otra cosa que ha echado en olvido esa Prensa tan censurada por S. S. es lo ocurrido con el Gobernador de Valencia, Sr. Ribot, y que el Sr. Maura, con este motivo, dijo del Sr. Pidal, con quien ahora está tan unido, que había perdido su estimación.

«La Prensa ha sido tan benévola con S. S., que ha estado dispuesta á colocarle entre los más ilustres hombres de gobierno, cuando, en realidad, hay muchos motivos para sospechar que el lugar propio de S. S. es la galería de los grandes comediantes. (*Grandes risas.*)

«La Prensa ha podido decir muchas veces al Sr. Maura, y no lo ha hecho, que el caballo desbocado de su oratoria está necesitado de la fuerte serreta del Sr. Gamazo.

«Pues yo digo:

«Señor Presidente del Consejo de Ministros: cuando los hechos no están en consonancia con las palabras; cuando no se tiene en la historia nacional una página que imponga respeto, y se tiene la soberbia de provocar conflictos á diario, yo, de los discursos tan ponderados de S. S. tengo el derecho de decir que me parecen obras de pirotecnia, funciones de fuegos artificiales (*Rumores.*), cohetes que siguen el camino del cielo, arcos de luces y de colores, castillos fantásticos que surgen esplendorosos de la sombra, y después, humo, obscuridad, silencio, nada.»

El Sr. Maura: «Mientras hablaba el Sr. Moya se me reía el alma, pues después de lo que ha dicho S. S., tengo la absoluta seguridad de que no habrá en España entera

quien me estime menos que antes." (*Aplausos en la mayoría.*)

El Sr. Moya: «Lo mismo digo yo de mí, después de lo que ha dicho el Sr. Maura.»

Se suspendió el debate y se levantó la sesión.

Diputados y periodistas.—La actitud despectiva que el Sr. Maura, por su carácter ó su modo de ser, manifestaba respecto de la Prensa, hallaba, como era natural que sucediese, eco entre los admiradores del Sr. Presidente del Consejo, y muchos personajes de tercera ó cuarta fila, acaso los que más buscan los favores de la Prensa, hacían ahora un deber de criticarla, zaherirla y aun calumniarla.

En este orden de ideas, cada sesión constituía un avance en el peligroso camino de la excitación de pasiones, y en este día, como final de este debate, ocurrió un incidente que pudo traer graves consecuencias.

Terminada la sesión, aproximáronse muchos Diputados á felicitar por sus discursos á los Sres. Burell y Moya.

Una parte de la mayoría, la más apasionada y nerviosa, quiso felicitar más ruidosamente al Sr. Maura, y en el momento que el Jefe del Gobierno abandonó el banco azul, todavía dentro del salón de sesiones, comenzaron los aplausos y siguieron hasta el pasillo central, donde se unieron á la manifestación otros Diputados ministeriales.

Muy poco después salió al mismo pasillo central el señor Moya, y los Diputados de las minorías y periodistas que allí se encontraban, le aplaudieron. Estos aplausos se repitieron con igual entusiasmo al salir el Sr. Burell, oyéndose vivas á la digna Prensa española.

Originóse un incidente muy vivo entre los Sres. Cuesta y Mora, yerno y sobrino, respectivamente, del Sr. Maura, y el Sr. Soriano, por las frases que éste había pronunciado en la sesión.

A la Presidencia de la Cámara habían llegado noticias de que no se podía pasar por los pasillos. Algún Diputado de la mayoría hubo de manifestar que los periodistas eran los que interceptaban el paso.

El Sr. Romero Robledo salió de su despacho, acompañado de dos Secretarios de la Cámara, y llegó al pasillo central, rogando á los que fueran periodistas que se dirigieran á un saloncillo inmediato. A la primera indicación del Presidente de la Cámara los periodistas que allí estaban marcharon á otro pasillo, rodeando á los Sres. Burell y Moya.

Durante la noche no se hablaba en todas partes de otro asunto que de la sesión del Congreso.

Las pasiones quedaron muy soliviantadas.

DÍA 4 —Discurso de Ortega Munilla.—En la sesión de esta fecha, después de una rectificación bastante extensa del Sr. Morayta, hizo uso de la palabra el Sr. Ortega y Munilla, que con correcta frase defendió completamente la conducta de *El Imparcial*, declarando terminantemente el Sr. Maura que no había manifestado nada que ofendiera la reputación y la honradez de dicho periódico.

Nocedal.—Después de esto, pronunció el Sr. Nocedal un discurso intencionado é ingenioso, tratando de justificar la conducta del padre Nozaleda, que, según él, no hizo tanto como el partido republicano defendiendo la legalidad de la propaganda separatista.

Hizo además el Sr. Nocedal una ardorosa defensa de los frailes; de los jesuitas en primer término, y después de los dominicos y demás Ordenes, para afirmar que por mucho que los persigan no lograrán exterminarlos, porque son ramas de la Iglesia católica, que no perecerá nunca.

Al terminar de hablar el Sr. Nocedal se levantó á contestarle el **Sr. Maura**.

El Presidente del Consejo volvió, como siempre, los ojos á su obsesión, la Prensa, indicando que no despreciaba la libertad de imprenta, pero que era preciso reconocer que los periódicos en la presente ocasión no representaban ni expresaban los deseos del país.

El Sr. Maura, en apoyo de sus teorías, se refirió á pliegos cuajados de firmas y suscritos por personas y entidades extrañas á la política, entre ellas la Bolsa, las cuales eran contrarias á la campaña de la Prensa.

En efecto, en la Bolsa se habían recogido firmas, por un agente muy conocido, íntimo amigo, por cierto, del señor Maura y precisamente hermano de un Consejero de Estado, hechura del Presidente del Consejo.

Este señor hizo un mal servicio al Sr. Maura.

El debate se dió por terminado.

Prohibición de la Marsellesa.—En el Círculo republicano de la calle de la Esgrima, núm. 14, se promovió un ruidoso incidente, que no degeneró en verdadero tumulto por lo avanzado de la hora y porque la lluvia que caía había dejado desiertas las calles. Lo ocurrido fué lo siguiente:

La estudiantina, legalmente autorizada para dar serenatas y recorrer las calles de Madrid hasta las doce de la noche, fué en la de esta fecha á la calle de Mesón de Paredes, núm. 20, domicilio del Sr. Dorado, y le obsequió tocando varias piezas musicales, entre ellas la Marsellesa.

Los Delegados de la autoridad lo prohibieron, y la autoridad fué desobedecida. Entonces se procedió á la detención de los Sres. D. Luciano Arenas Santa María, D. Julio Paredes Paladín (Presidente de la Juventud Escolar Republicana), D. Manuel García Marín, D. José María Barbosa y D. Pablo Ordas y Gutiérrez.

El asunto se comentó mucho, y acerca de él explanó el Sr. Junoy una interpelación en el Congreso.

DÍA 5.—Discurso de Zulueta.—El Diputado señor Zulueta, que había formado parte de la Comisión que hizo el viaje comercial á la América latina, explanó en el Congreso su anunciada interpelación sobre la exportación española.

Dijo que las ventajas de los comerciantes extranjeros en los grandes mercados no son sobrenaturales, y que España, con esfuerzo de voluntad de sus políticos, sus hombres todos y sus organismos, conseguiría lo mismo.

Cree que los Gobiernos debían suprimir los impuestos de exportación y los derechos de transporte, para proteger nuestros productos y facilitar la exportación.

Dijo que las Compañías de ferrocarriles tienen tarifas muy altas y no poseen material adecuado.

Los abusos de las Compañía de ferrocarriles, en poder de extranjeros, tratan al Estado español y á los españoles como igorrotos, y no transportan las mercancías en las necesarias condiciones.

Llegó en sus consideraciones á los puertos de embarque.

Habló de los de Barcelona y Cádiz, diciendo que son un verdadero oprobio, por las grandes dificultades para la carga y descarga.

Propuso reformas en la representación diplomática, para que la encarnen personas de prestigio político y suficiencia económica.

Hizo, en fin, un discurso notabilísimo, que no podemos consignar por su mucha extensión.

Le contestó el Ministro de Hacienda en la parte que á él se referió, exponiendo su conformidad con muchas de las ideas del Sr. Zulueta y sus buenos propósitos.

Intervino el Sr. Moret, quien, después de alabar la obra realizada por el Sr. Zulueta, dijo que era preciso dar una muestra pública de simpatía á las Repúblicas hispano-americanas en general, y al Senado argentino en particular. (*Muy bien.*)

Censuró que no estuvieran presentes el Presidente del Consejo de Ministros y el Ministro de Agricultura.

«Mis amigos y yo—agregó—estamos dispuestos á hacer bandera de combate de ese programa, y si el Gobierno no lo lleva á la práctica, presentaremos un voto de censura contra él.

»Es necesario que se sepa que para nosotros este asunto es tan importante como el nombramiento del padre Nozaleda.»

El mensaje de los bolsistas.—Contestando, como era de esperar, á los que habían firmado el mensaje de adhesión al Sr. Maura en la Bolsa, surgió la protesta, que suscribían unas doscientas personas.

No tenía carácter político, y estaba redactada en los siguientes términos:

«Los que suscriben, asiduos concurrentes á la Bolsa, se han visto sorprendidos por la noticia publicada en los

periódicos de que algunos habían felicitado al Sr. Maura por su acertada gestión, de cuya afirmación protestan, por hallarse reñida aquella aseveración con la realidad de los hechos y también con su gestión económica.

»Madrid, 5 de Febrero de 1904.»

Apenas conocidos los términos de la protesta, fueron muchos los que la suscribieron, cerca de doscientos. El Conde de Romanones fué el encargado de entregar al Jefe del Gobierno el documento.

DÍA 6.—El Rey en la Universidad.—En esta fecha visitó S. M. el Rey la Universidad Central, y después de examinarlo todo, ocurrió un interesante incidente.

Cuando llegó el Catedrático republicano Sr. Azcárate, á la Universidad, le dijeron en el salón de profesores que el Rey estaba en aquel Centro y que se proponía visitar su cátedra.

—Está bien—contestó el insigne profesor, y, como todos los días, se dirigió al aula donde explica su asignatura.

A los pocos momentos se presentó el Monarca en la cátedra, y el Sr. Azcárate le ofreció su sillón.

El Rey contestó al ofrecimiento diciendo:

—Aunque soy el representante del Poder moderador, aquí no soy otra cosa que un oyente ó un alumno.

Y después de rogar al Sr. Azcárate que tomara asiento en el sillón del profesor, él se sentó á la derecha del Catedrático y continuó la clase con la lectura de una Memoria en que se trataba de cuestiones sociales.

DÍA 7.—Banquete de periodistas.—En el restaurant de Fornos se celebró en esta fecha un almuerzo organizado en honor de los periodistas Sres. Burell, Moya y Ortega Munilla por la defensa de la Prensa que, como Diputados, hicieron en el Parlamento contestando á las inculpaciones que en el curso del último debate fuéronla dirigidas desde el banco azul.

El acto resultó muy lucido, un acto de verdadera fraternidad, al que no pudieron concurrir cuantos periodis-